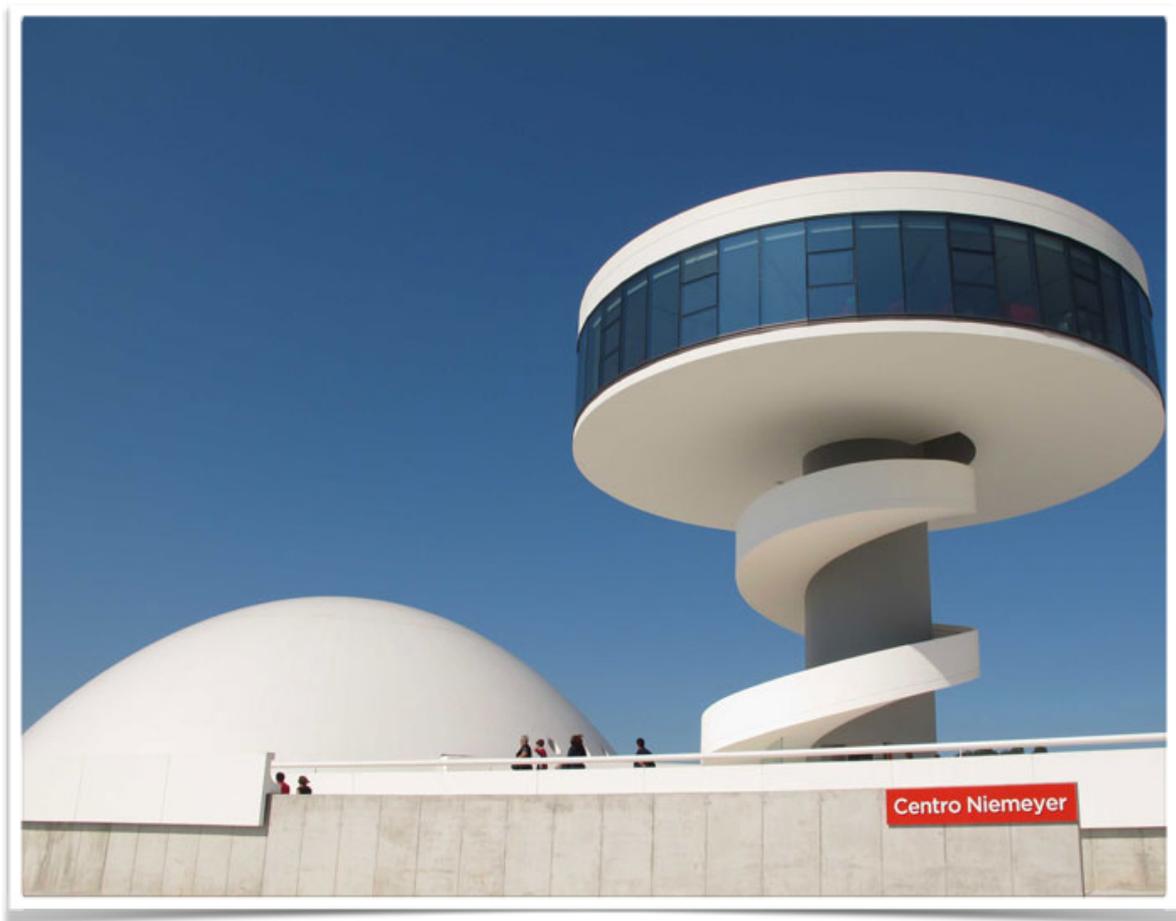


## Ontología: el tiempo (I)

Suele decirse que nada ni nadie escapan al tiempo, que este todo lo devora, como Saturno a sus hijos. El mundo, entonces,



sería hijo del tiempo y le serviría de alimento.

“Saturno devorando a un hijo” (1819-1823)

Francisco de Goya



Algunos, como Platón, consideran que las ideas escapan al tiempo porque son eternas e inmutables. Otros, como los cristianos (pero también los partidarios de cualquier religión), opinan que Dios está fuera del tiempo, que es extratemporal, y que él mismo es el creador del tiempo y de todo cuanto hay.

Pero sobre ambos pesa la misma objeción: ¿cómo es posible que el tiempo empiece y acabe, que esté contenido en un espacio más amplio que él y que existan regiones o esferas a las que no pueda acceder? Si el tiempo tiene comienzo, entonces ha de existir un *tiempo* previo sin tiempo. Pero es manifiestamente imposible un tiempo sin tiempo. Si el tiempo es algo creado, entonces nace del no-tiempo. Pero, en ese caso, ¿cómo es posible que en un lado se encuentre el ser, eterno, inmóvil, inmutable, y en el otro lado esté el devenir, lo que cambia y, por eso, nace y perece?, ¿cómo es posible que haya dos realidades en una: cuál es, entonces, la frontera que las divide, la línea que las junta?

Ante la imposibilidad de partir en dos mitades la realidad, el filósofo Hegel entendió enseguida que el ser es devenir, que el ser es tiempo. Lo mismo afirmaría después Martin Heidegger en su obra *El ser y el Tiempo*.

De alguna manera el tiempo se ve, se palpa. Se trasluce en sus efectos. Basta contemplar un cuerpo (a lo largo del tiempo) para notar la presencia del tiempo que pesa sobre él, que lo infecta y hace que ese cuerpo madure su estado hasta avejuntarse irremediablemente. El tiempo acabará devorándolo, porque al final ese cuerpo se deteriorará tanto que cesará (o morirá, si es un ser vivo) y desaparecerá. Así pues, si el tiempo puede ser visto o tener noticia de él, ¿cómo será posible en cambio ver el no-tiempo?

Para ver el tiempo, que es como decir entenderlo, los hombres han diseñado modelos explicativos. Entre esos modelos destacan el círculo y la línea. Para los antiguos griegos, que fueron la fuente de la cultura occidental, el tiempo era circular: consistía en una continua repetición, sin principio ni fin; un regreso permanente y perfecto. En cambio, a partir del judeocristianismo, el tiempo es interpretado como una línea, un segmento que tiene dos límites: el principio y el fin; el tiempo es justamente el transcurrir entre esos extremos. En la línea ya no hay posibilidad para la repetición: cada instante sucede al anterior y lo agota para siempre. Solemos dividir tal segmento en tres partes: el pasado, el presente y el futuro. Marcamos cualquier punto en esa línea y lo que queda anterior al mismo decimos que es el pasado y lo que resta por venir después de ese punto marcado será el futuro. La línea apunta siempre en la misma dirección: del pasado al futuro. El presente va siendo devorado, como los hijos saturnales.

Algunos creen que lo que se vive es el presente. Pero lo cierto es que el presente se agota nada más aparecer. No dura. Enseguida se queda sin tiempo; habita entre dos momentos que también se han caído del tiempo, del ser: el pasado ya no es, el futuro todavía no es. Por eso el presente solo se puede vivir a título de pasado o de futuro. Quien dice vivir en el presente está condenado a mentir cuando eso afirma. No se puede vivir en el presente, pero tampoco en el pasado, pues ya fue, ni en el futuro, que aún no ha llegado. La línea hace imposible vivir el tiempo y, sin embargo, lo hace *visible*.

Una de esas visibilidades lineales del tiempo es el nacimiento (y, con él, la muerte). De cualquier cosa o ser, de todo acontecimiento, lo que más nos llama la atención es su nacer y perecer. De una vida, por ejemplo, su transcurrir queda opacado ante la importancia que tiene en ella su nacimiento y su muerte. Celebramos el nacimiento y, por eso, nos alegra cada nuevo cumpleaños; pero, a la vez, nos apena, porque sabemos que cada vez queda más lejos aquel momento inicial y, por tanto, nos acercamos irremediabilmente cada vez más al momento final. A un joven le alegra cumplir años, a un anciano le inquieta. Los dos quieren vivir; sin embargo, el joven cree que para eso tiene que acelerar, mientras que el viejo considera que para seguir vivo tiene que frenar. Ambos desean lo mismo: detener el presente, eternizarlo, es decir sacarlo fuera del tiempo, hacer de él un no-tiempo. Fracasarán y ambos serán finalmente devorados.

Pero realmente el tiempo no conoce la pausa ni la aceleración. Es nuestra experiencia del tiempo, la forma en que lo *vivimos*. Un minuto dura siempre lo mismo y no se alarga ni acorta. Sin embargo a veces nos parece que vuela y otras que no termina nunca. Si abstractamente prescindimos de la vivencia del

tiempo, es decir de la temporalidad, hallaremos el no ser del tiempo: su indiferencia, su ser siempre igual. Pero ese tiempo no existe para nosotros: nuestro tiempo es inseparable de la conciencia que tenemos del tiempo.

Por eso conviene distinguir, como lo hace el filósofo alemán contemporáneo Rüdiger Safranski, entre «tiempo de la vida» y «tiempo del mundo». El primero reúne los sucesos a escala humana, el segundo alude a los que sobrepasan por arriba o por abajo esa escala. Si la filosofía y las ciencias humanas se centran en el llamado «tiempo de la vida», el «tiempo del mundo» es asunto para las ciencias naturales, como la Física. La de Aristóteles afirmaba que solo puede existir tiempo donde hay cambio. Newton aludía a un tiempo y espacio absolutos que, como magnitudes absolutas, hacen las veces de contenedores infinitos de lo real ofreciendo lugar y oportunidad a todos los objetos y sucesos. Einstein, sin embargo, sostenía que el espacio-tiempo es relativo, porque se halla en relación con el propio movimiento y el movimiento de otro objeto. No obstante, entre el tiempo absoluto de Newton y el tiempo relativo de Einstein media la concepción que del mismo tenía Leibniz. Para este filósofo, enfrentándose a Newton de manera coetánea, tiempo y espacio son relativos: el espacio es relativo a las relaciones entre objetos y no es nada distinto al coexistir mismo de las cosas; el tiempo es relativo a la relación entre sucesos. Así, según Leibniz, sin objetos no hay espacio y sin sucesos no existe tiempo.

Lejos de una noción científica del tiempo, su interpretación se aproxima a lo que se denomina *temporalidad* o «tiempo de la vida»; esta noción de tiempo lo desprovee de realidad uniforme y objetiva quedando sujeto únicamente a sensaciones y experiencias. Así lo atestigua el escritor Thomas

Mann cuando en su novela *La montaña mágica* pone en boca de su personaje central, Hans Castorp, la siguiente idea:

"El tiempo no posee ninguna "realidad". Cuando nos parece largo es largo, y cuando nos parece corto es corto; pero nadie sabe lo largo o corto que es en realidad".